

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Economía, políticas de desarrollo y desigualdades

MERCADOS DE TRABAJO RURALES, DESIGUALDADES Y VULNERABILIDAD SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

Hubert Carton de Grammont

Paola Mascheroni

Alberto Riella

Kim Sánchez

[Coords.]

MERCADOS DE TRABAJO RURALES, DESIGUALDADES Y VULNERABILIDAD SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

Hubert Carton de Grammont
Paola Mascheroni
Alberto Riella
Kim Sánchez
(Coords.)

Grupo de Trabajo
Trabajo agrario, desigualdades y ruralidades

CONFLICTO Y CONSENSO EN EL MUNDO DEL TRABAJO RURAL

TEORÍAS, ESTRUCTURAS Y SUJETOS ENTRE EUROPA Y AMÉRICA (FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX)

Juan Manuel Villulla

INTRODUCCIÓN

Este trabajo propone una reflexión teórica sobre los condicionantes y los estímulos a la acción y la organización colectiva de trabajadores y trabajadoras asalariadas en el medio rural. Nos preguntamos si el campo es o no un ámbito especialmente hostil para la organización colectiva y la movilización obrera; qué han observado al respecto algunos de los clásicos de la sociología rural; y qué aportan la historia agraria y los estudios de caso sobre la situación en Europa y América entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando fueron desarrolladas la mayor parte de las conclusiones de la sociología rural clásica al respecto. Nuestra perspectiva apunta a poner a prueba el alcance de los enfoques teóricos más usuales al respecto —los de Marx, Kautsky y Weber— operando un contrapunto entre el panorama del capitalismo agrario europeo por esos años —con los trabajadores rurales y sus conflictos en retroceso— y el del naciente capitalismo agrario en América, donde la conflictividad obrera en el campo era más frecuente y radical.

La hipótesis que guía nuestro trabajo es que, tendencialmente, el capitalismo agrario ofrece condiciones desfavorables para la organización colectiva de las y los asalariados, así como para la emergencia de conflictos importantes, introduciendo un techo a las posibilidades

de mejora de sus condiciones laborales. Sin embargo, periódicamente, emergen episodios de conflictividad obrero-rural o formas de resistencia silenciosa que también reclaman una explicación, y que ponen en entredicho una simplificación teórica que se limite a señalar las dificultades y condicionantes. En otras palabras, ¿cómo explicar el conflicto o la ausencia de él desde un enfoque teórico coherente? ¿Es posible construir un dispositivo conceptual que dé cuenta del conflicto y del consenso, sin caer en una teoría adaptada a cada caso, del mismo modo que, como propone David Harvey (1989, p. 375), “las leyes que regulan las corrientes dinámicas resultan invariables en todos los ríos del mundo, aunque todos los ríos sean diferentes”? ¿Qué variables o niveles de análisis deberían ser parte de un enfoque a la vez explicativo de la disputa o la adaptación?

En este trabajo comenzamos por reconstruir el enfoque estructural del Engels y de Marx sobre la acción y la inacción colectiva de los asalariados rurales a partir del caso inglés. En segundo lugar, damos cuenta de los aportes de Weber y de Kautsky —con puntos de vista opuestos pero empíricamente convergentes— sobre las características subjetivas del proletariado agrario alemán. En tercer lugar, confrontamos los postulados teóricos que se desprenden de sus trabajos, y los ponemos a funcionar fuera de su lugar de origen, en el escenario americano de su propia época. Por último, intentamos establecer los alcances y límites de estas teorías de rango medio, exploramos la posibilidad de integrar sus aportes, y establecemos lo que entendemos debieran ser los tres ejes de análisis explicativo básico sobre el conflicto y el no conflicto obrero en la agricultura: el eje de las tendencias y dinámicas de las estructuras; el de las características culturales de sus sujetos; y el de las coyunturas político-ideológicas más generales en que se insertan sus interrelaciones.

ENGELS Y MARX: INGLATERRA, ESTRUCTURAS Y OBJETIVIDAD

Los estudios agrarios de los marxistas clásicos, en la segunda mitad del siglo XIX, señalaron dificultades estructurales para la emergencia de conflictos obreros en el campo. Esto hablaba de una relativa debilidad de los trabajadores frente a sus empleadores y derivaba, a su vez, en unas pobrísimas condiciones de laborales y de vida. ¿Cómo explicar el contraste con la nueva clase trabajadora industrial o la plebe urbana, que más allá de sus reveses crecía en organización sindical y política, que se rebelaba aquí o allá periódicamente, y que iba mejorando sus condiciones de existencia?

Las primeras claves interpretativas de este *gap* las ofreció un joven de 24 años, que aún no había conocido a su futuro socio y que tampoco había elaborado con él ese monumental cuerpo teórico que

los haría tan trascendentes: hablamos de Frederich Engels y su clásico *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, elaborado en 1844. Allí, el alemán aporta una explicación de tipo estructural: la proletarianización *completa* de los trabajadores dependientes en el campo inglés —que hasta el siglo XVIII trabajaban como aparceros en el predio de su empleador—, es decir, la expulsión ya no sólo de aquellos campesinos independientes vía cercamientos, sino también los dependientes (que trabajaban todo el año, una parte del tiempo o de la tierra o de los animales para el empleador y la otra para sí mismos), rompió una suerte de equilibrio socio-económico previo. Este proceso discontinuó el tiempo de trabajo y de percepción de ingresos —o más exactamente, de medios de subsistencia—, porque ahora sólo eran convocados para momentos específicos de la producción, sin tener resuelta su supervivencia anual gracias a alguna parcela o majada cedida por el empleador. Esto, sumado a la concentración de la producción (“sistema de administración en grande”), las leyes de caza que impedían hacerse de presas en los campos de propiedad privada —ahora muy vigilada—, y por último la introducción de máquinas trilladoras, generó:

una *superabundancia de población* [...] que no fue posible, como en los distritos industriales, ocuparla para aumentar la producción. Se podían establecer siempre nuevas fábricas, si existían quienes adquirieran los productos, pero no se podían crear nuevos campos [...] La consecuencia fue que la competencia de los trabajadores entre sí subió a grado máximo y el salario descendió al mínimo (Engels, 1974 [1845], p. 251).

En síntesis: aquí hay situaciones muy propias de la transición capitalista europea, como la desposesión completa de las masas populares rurales —antes los campesinos y después los aparceros—; su exclusión de medios de subsistencia independientes por fuera del núcleo de relaciones económicas regulares (leyes de caza); y la intensificación capitalista horizontal y vertical de las grandes explotaciones agropecuarias (innovaciones administrativas y tecnológicas). Pero Engels también trae a cuento un elemento más estructural, perdurable más allá de esas décadas traumáticas para la plebe agraria británica: *la cuestión de la incapacidad estructural de la producción agropecuaria para absorber a la masa laboral que expulsa, a causa de sus limitaciones naturales —tierra fértil limitada—*, creando una situación crónica, regular y tendencial hacia lo que llama “superabundancia de población”, generando un estado de sobreoferta de trabajo que tiende a hundir los salarios y las condiciones de vida de los trabajadores rurales.

Poco más de veinte años después, Karl Marx va a desarrollar este argumento al máximo en los tomos I y III de su obra magna, *El Capital*. En el primero, dirá que:

El constante éxodo a las ciudades, la constante “sobra de brazos en el campo”, provocada por la concentración de arriendos, por la transformación de las tierras de labor en pastoreo, por la maquinaria, etc. y la constante expulsión de la población campesina por la destrucción de *cottages*, todo coincide y conduce al mismo fin. Cuanto más deshabitado está un distrito, mayor es su “superpoblación relativa”, mayor es la presión que ejerce sobre las posibilidades disponibles [...] De otra parte, a pesar de su constante ‘superpoblación relativa’, el campo adolece, al mismo tiempo, de escasez de población. [...] Hay siempre demasiados jornaleros del campo para las necesidades corrientes de la agricultura, y pocos para las labores temporales o extraordinarias. (Marx, 1999 [1867], pp. 588-589)

En el tercer tomo, marcará los límites objetivos para el aumento del número absoluto de trabajadores en la incapacidad de aumentar la cantidad total de tierras trabajables: “El aumento del número absoluto de obreros a pesar del descenso relativo del capital variable, invertido en la industria, no se produce en todas las ramas de producción ni en todas por igual. En la agricultura, el descenso del elemento del trabajo vivo puede ser absoluto” (Marx, 1999 [1894], p. 206). Es decir, aunque las fábricas inviertan cada vez más en bienes de producción y menos en mano de obra, y aunque cada una de ellas tenga menos trabajadores, cada vez hay más fábricas, de modo que en el total social hay cada vez más obreros industriales. En el agro eso no se puede dar, ya que la cantidad de campos no puede crecer indefinidamente porque las tierras cultivables son limitadas. Por eso cada intensificación técnica del capital tiende a expulsar trabajadores y disminuir su total en términos absolutos. Ni más ni menos que lo apuntado por Engels, sólo que, comprobado por veinte años de reportes oficiales, nuevas estadísticas, y un desarrollo teórico que ahora permitía explicar lo que el joven alemán había dejado sentado como dato empírico.

Si este argumento tiene sentido para la dinámica económica de los mercados de trabajo agrarios y sus efectos en las condiciones laborales, ¿alcanza para explicar, precisamente, la ausencia de conflictos sociales para revertir esa situación? Dicho en otras palabras, ¿por qué la miseria, el despojo y la expulsión de trabajadores generados por la dinámica excluyente del capitalismo agrario no es una causa de *conflicto* permanente, en vez de una fuente de *estabilidad* duradera?

Marx y Engels conocían y consignaron, cada uno en sus obras, las grandes rebeliones de jornaleros agrícolas encabezadas entre las décadas de 1830 a 1840 por una figura mitológica: el “Capitán Swing”, que de algún modo era el alter ego rural de las rebeliones ludditas de esos

años.¹ ¿Cómo se compaginaba su idea de un campo tendencialmente sin grandes conflictos obreros con las olas de incendios intencionales de cosechas y trilladoras mecánicas durante más de diez años en contra de las transformaciones legales, técnicas y económicas que de conjunto los dejaban sin sustento anual? En rigor, el joven Engels tenía expectativas en que ese estado de “guerra social” expresara “el primer grado de oposición contra el orden que es la rebelión directa a través del delito” (1974 [1845], p.254) y que luego deviniera en un “nuevo movimiento proletario” que, según él, ya comenzaba a expresarse en algunos mítines rurales.²

Para cuando Marx estaba redactando los tomos I y III de *El Capital*, en la década de 1860, esa expectativa de Engels aparentemente no se había realizado. Marx acude entonces a una hipótesis de tipo estructural que haría escuela de ahí en adelante: “La dispersión de los obreros del campo en grandes superficies vence su fuerza de resistencia, al paso que la concentración robustece la fuerza de resistencia de los obreros de la ciudad” (Marx 1999 [1867], p. 423)

Es decir, *había* una “fuerza de resistencia”, como la que expresó el “Capitán Swing”, en los momentos transicionales entre un estado y otro de cosas, entre unas lógicas económicas y otras, entre unos valores culturales y otros.³ En efecto, era una resistencia ejercida “desde atrás”, en defensa de lo viejo ante lo nuevo, del estado económico y moral anterior a ese progreso que estaba disolviendo las viejas tradiciones solidarias de la campaña inglesa “en las aguas heladas del cálculo egoísta” como rezaba su Manifiesto Comunista. Pero esa resistencia es vencida: por el paso del tiempo y los efectos de la nueva lógica ya instalada como pauta de funcionamiento. Así, siempre respecto a Inglaterra, al fenómeno de la expulsión tendencial de trabajadores del campo y de la recreación constante de una “superpoblación rela-

1 La rebelión atribuida a este personaje mítico fue luego estudiada en detalle por los historiadores marxistas del siglo XX, como Eric Hobsbawm y George Rudé, con su clásico “*Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*” (2009 [1969]), del mismo modo que E.P Thompson con el estudio de sus formas de resistencia menos personificadas ante el mismo proceso, algunas décadas antes en “*Costumbres en común*” (2019 [1991])

2 “De una cosa nace la otra. Y que ya ahora, entre los proletarios agrícolas, comienza a hacerse valer un nuevo movimiento lo prueba una reunión que el conde Radwor, propietario liberal, realizó en octubre de 1844, en Highort, donde están sus bienes, para que se deliberase contra las leyes sobre granos, y donde los obreros, apáticos frente a estas leyes, pidieron para sí otras cosas muy distintas, especialmente pequeños arrendamientos a bajo precio, y dijeron a la cara, al conde Radwor, amargas verdades de todo género” (Engels, 1974 [1845], p. 256).

3 Este es el gran tema de E.P. Thompson, desde el citado “*Costumbres en común*” a “*La formación de la clase obrera en Inglaterra*” (2012 [1961]).

tiva” en los poblados rurales, se suma la *dispersión de los trabajadores entre sí*, en el tiempo y en el espacio, y ya sin los viejos códigos y prácticas culturales de mancomunidad de la cotidianidad precapitalista. La pauta regular del nuevo sistema, entonces, quedaba fijada así: expulsión y dispersión. Malas condiciones para la organización colectiva.⁴

Bajo el peso de estas tendencias desfavorables a la organización de los trabajadores rurales, la estrategia de la migración a la ciudad —o al campo de otros países— terminó por ser más rápida y eficaz que intentar revertir ese cuadro desde adentro con una fuerza que no se tenía.

WEBER Y KAUTSKY: ALEMANIA, SUJETOS Y SUBCULTURAS

Lo que había atestiguado Engels en la Inglaterra de los años 40, es lo que analizó otro joven alemán, de 28 años, en su propia tierra, medio siglo después. El escrito de Max Weber “La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del este del Elba” (1892), desde un punto de vista teóricamente distinto —y hasta opuesto, como es sabido— llegó a conclusiones empíricas idénticas: la transformación de las viejas haciendas semiserviles en modernos latifundios capitalistas, al privar a las familias de peones aparceros de medios de subsistencia en especie durante todo el año, reemplazando aquel sistema por pagos en dinero a cambio de tareas temporarias —o lisa y llanamente expulsándolos por la modernización tecnológica y administrativa—, estaba generando una situación de hambruna y éxodo a las ciudades, que reemplazaba obreros alemanes por migrantes eslavos permanentes o temporarios, de regiones aún más empobrecidas (como era el caso de los irlandeses en Inglaterra).

4 Aquí sucede algo paradójico. Mientras Marx entregaba sus manuscritos a la imprenta, en Inglaterra comenzaba a desarrollarse un nuevo ciclo de protestas obrerorurales con otras características, rescatado del olvido por Howard Newby en “The Differential worker” (1979, p. 68). Se trató de una protesta moderna, con nuevos medios de comunicación y transporte, y que coronó con la constitución de una federación nacional de trabajadores agrícolas. Pero el movimiento luego decayó y la Federación terminó por disolverse sin afiliados veinte años después. Mientras tanto, iba desarrollándose por lo bajo una tendencia individual que, para Newby, fue la mayor expresión de “resistencia silenciosa” de la época: irse del campo. Es decir, negarse a aceptar condiciones desfavorables; pero también aceptar que no se tenía la fuerza para modificarlas, individual ni colectivamente. “Su falta de poder en el mercado de trabajo local [...] junto con la insaciable demanda de la industria por más trabajo, empezó a drenar trabajadores agrícolas lejos de la tierra y a empujarlos a las fábricas, un movimiento facilitado por los nuevos ferrocarriles. Esta fue la más prevalente, la más diseminada y la mayor resistencia silenciosa de los trabajadores agrícolas sobre sus condiciones a lo largo de todo el período” (Newby, 1979, p. 61). (Traducción del autor)

Sin embargo, el aporte weberiano a la cuestión de las condiciones para la emergencia de protestas obreras en el campo se diferencia de los enfoques marxistas en tanto, mientras estos se centraban sobre todo en las estructuras, el primero incorporó el análisis del *sentido* que los actores le daban a su acción, es decir, la dimensión de la subjetividad. Según él:

[...] entre los trabajadores se puede decir que existe como rasgo básico una tendencia fuertemente individualista. La tendencia más acentuada, especialmente entre los elementos más capaces [sic] del conjunto de los trabajadores, es a la separación de la comunidad familiar y la economía patriarcalista a toda costa, incluso al precio de convertirse en proletariado sin hogar (Weber, 1892, p. 246)

Y más adelante, agrega en el mismo sentido:

El individualismo reaparece una y otra vez como característica definitoria de la transformación. [...] Lo que encuentra su expresión en ello es el encanto poderoso y puramente psicológico de la “libertad”. En buena medida se trata de una grandiosa ilusión, mas, como es sabido, “no sólo de pan” vive el hombre, y tampoco el trabajador del campo. En los esfuerzos del obrero agrícola lo que se puede ver es que la “cuestión del cuchillo y el tenedor” es de importancia secundaria. Ante todo, lo que él reclama para sí es poder ser él el forjador de su fortuna o de su desgracia. (Weber, 1892, p. 247-248) (destacados en el original).

Privilegiando la subjetividad por sobre sus constituyentes objetivos, Weber invierte la relación causal de la proletarización que había establecido al marxismo, y lo lee como fruto de nuevas expectativas individuales *sui generis*, en vez de un fenómeno estructural e independiente de la voluntad de los trabajadores.⁵ Pero sea como fuera que se hubiesen generado esas expectativas de libertad y autonomía individual entre los peones alemanes, ellas tenían entidad sociológica. Y lo que nos invita a pensar es que no se trataba de que esos trabajadores tuvieran objetivos de mejoras laborales y no encontraran cómo lograrlas, sino que *su objetivo directamente era otro*.

5 En este punto, de todos modos, Weber oscila entre la explicación de las tendencias psicológicas y los condicionantes estructurales: “Ambas partes, trabajador y patrono contribuyen a la evolución mencionada; el patrono individual actúa ni más ni menos que en respuesta a una situación que no es sino producto final de fuerzas coactivas. Si quiere seguir existiendo bajo las condiciones actuales de competencia, superando las dificultades del mercado de trabajo, no puede actuar de manera distinta. Precisamente eso es lo inquietante de la situación: la efectividad de las tendencias evolutivas presentes en ella es independiente del hacer y deshacer del individuo” (Weber, 1892, p. 243)

La atención de Weber a los sujetos también lo lleva hacer notar que las migraciones del campo a la ciudad, y de la Alemania rural al extranjero, no sólo disminuían la cantidad de trabajadores agrarios, sino que el proceso estaba cambiando también sus características, con migrantes menos capaces, de menor productividad y más sumisos que los germanos.

En ese mismo sentido, son conocidas las conclusiones de Kautsky respecto a la expulsión y dispersión de la mano de obra del campo, reproduciendo y actualizando en líneas generales lo puntualizado antes por Engels y por Marx. Pero a esas cuestiones estructurales y cuantitativas, Kautsky agregó observaciones cualitativas en el mismo sentido que Weber:

En el campo, el desarrollo capitalista actúa de manera distinta. Aquí no reúne a los hombres, sino que los dispersa. Esto provoca un despoblamiento relativo del campo que a partir de cierto punto de su desarrollo puede llegar a ser absoluto. Y son justamente los elementos más capaces, más enérgicos, más inteligentes, los que se le sustraen al campo. Los más débiles, los menos capaces, son los que se quedan, y entonces, junto con el despoblamiento, se produce la decadencia intelectual (Kautsky, 2002 [1899], p. 377).

Lo que nos interesa retener es que la explicación de por qué esa situación de pobreza extrema sería fuente de estabilidad social en vez de una causa de conflictos permanentes, *se desplaza de las imposibilidades objetivas de las estructuras, a las características culturales de los sujetos* que ocupaban la posición del trabajo asalariado. Para Weber, como vimos, deseaban otra cosa que el cambio de sus condiciones laborales. Para Kautsky, sólo eran proclives a arrestos de desesperación ciega ante situaciones puntuales, pero en cualquier caso no eran proclives a la organización regular que, para él, era condición para la difusión del socialismo en el campo (2002 [1899]).

AMÉRICA: ¿UNA HISTORIA SIN TEORÍA?

Si bien estas elaboraciones poseen claves de alcance bastante universal en la historia contemporánea y en distintos espacios rurales, no es menos cierto que fueron pensadas a partir de un caso tan particular como otros: el europeo de fines del siglo XIX. De conjunto, el Viejo Continente fue básicamente una zona de expulsión secular de campesinos y trabajadores rurales, a las ciudades y a otros espacios agrarios del mundo. ¿Funcionaron igual estas dinámicas en los territorios de recepción de campesinos que en los de expulsión? ¿Tendían allí a dispersarse o a reunirse en el tiempo y el espacio? ¿Eran cada vez menos o eran cada vez más los trabajadores agrarios en las zonas de nuevo

poblamiento? ¿Cómo influía en la dinámica del conflicto obrero-rural la expansión horizontal de la frontera agraria, en vez de su limitación estructural? Por último, ¿qué tan universal es la asociación entre ruralidad y ausencia de acción colectiva de trabajadores? ¿Preveía la teoría europea la configuración de otros escenarios distintos al suyo, o se trató de herramientas teóricas sólo aplicables a su propio caso?

La puesta en producción y repoblamiento masivo de nuevas tierras en áreas gigantescas del globo que habían estado sustraídas de los circuitos y formas productivas del capitalismo —básicamente bajo control indígena— fue el reverso del proceso de expulsión de masas populares de la ruralidad europea.⁶ Canadá, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, sur de Brasil, Uruguay y Argentina estuvieron entre las principales zonas receptoras de esa “población sobrante” para el capital europeo (Wolf, 1999). Todos estos países o regiones atravesaron distintas vías de desarrollo capitalista, constituyeron diferentes formaciones sociales, ejes productivos y orientaciones comerciales, hacia adentro o hacia afuera. Sin embargo, en todos los casos la puesta en producción de estas nuevas tierras se erigió en un polo de demanda de fuerza de trabajo a escala mundial, que no hubiera podido desarrollarse sin ofrecer mejores condiciones de empleo a la fuerza de trabajo que en las zonas de expulsión de trabajadores. Dada la crisis campesina y obrero-rural en Europa, no hacía falta demasiado para lograrlo. De modo que lejos del efecto de una “superpoblación relativa” crónica en las nuevas ruralidades capitalistas, lo que aconteció fue todo lo contrario: una *escasez relativa* de fuerza de trabajo que tendió a elevar los salarios y mejorar las condiciones generales de empleo por encima de la media europea, o siquiera ampliando sus horizontes de progreso, dando cauce al fenómeno migratorio masivo.⁷

6 “La agricultura fue la víctima más espectacular de esa disminución de beneficios [...]. Las dos respuestas más habituales entre la población fueron la emigración masiva y la cooperación., la primera protagonizada por aquellos que carecían de tierras o que tenían tierras más pobres [...]. La década de 1880 conoció las mayores tasas de emigración a ultramar en países de emigración ya antigua y el comienzo real de la emigración masiva en países como Italia, España, Austria-Hungría, a los que seguirían Rusia y los Balcanes” (Hobsbawm 1998, pp. 44-45)

7 A pesar de sostener esta hipótesis básica, no compartimos las conclusiones de Flichman (1979) o Laclau (1969), para quienes en el caso argentino los salarios eran lisa y llanamente “altos” fruto de otro fenómeno propio de la época en los países de reciente ocupación y puesta en producción rural: la renta diferencial a escala internacional. Ambos autores han confundido la elevada *cantidad* de salarios que debían abonarse en la época debido a la baja composición orgánica del capital en la agricultura, con los bajos salarios que recibía cada trabajador individualmente, no en relación a su situación en Europa, sino en relación a sus necesidades básicas en América (en este caso, Argentina).

Si existió “superpoblación relativa” en alguna de estas nuevas áreas rurales, ello tuvo que ver con el carácter incipiente de la industrialización del grupo de países periféricos —caso Argentina, Brasil o Uruguay a principios del siglo XX—; a su especialización productiva unilateral; y a su matriz extensiva y de gran propiedad territorial. En el caso argentino, puntualmente, todo esto limitó las posibilidades de poblamiento y de afincamiento autónomo de los flujos migratorios, circunscribiendo la demanda de empleo agrario a las tareas estacionales de los cultivos que caracterizaron a cada zona —en vez de componer ciclos complementarios de trabajo en distintas producciones por cuenta propia o en relación de dependencia—, obligando a estos trabajadores a alternar sus ocupaciones en el campo con empleos precarios en las localidades rurales y las grandes ciudades de su tiempo.⁸ Así, la falta de empleos regulares *tanto en la ciudad como en el campo*, compuso un cuadro general de precariedad, inestabilidad y nomadismo para buena parte de este nuevo proletariado, condenado a ser un “ejército de reserva” permanente, pero sin industria en las ciudades y sin ocupación anual en el campo, compensando hacia abajo los estímulos que ejercía para atraer a la mano de obra excedente de Europa.⁹ Es decir, un *mercado de trabajo rural pendular*, combinado con la ausencia de un campesinado preexistente que compensara esa demanda laboral estacional con medios de subsistencia autónomos. La matriz primario exportadora y la gran propiedad rural crearon así, aún en una zona de atracción y no de expulsión de trabajadores rurales, una “superpoblación relativa” funcionalizada, similar a la que Marx identificaba en otro país de matriz agrícola y no industrial, Irlanda, pero que, a diferencia de las pampas argentinas, era netamente expulsor de mano de obra.¹⁰

8 O incluso, como popularizó Scobie (1968), “trabajadores golondrina” a escala internacional, que combinaban en un mismo año o en ciclos breves su empleo como jornaleros en las cosechas del hemisferio norte (Europa) y en el sur (Argentina). De todos modos, está en discusión la verdadera relevancia social y posibilidades económicas de este fenómeno, más allá de casos puntuales (Volkind, 2009).

9 De haber existido un desarrollo manufacturero más allá de las extensiones de la misma actividad agropecuaria, la inmigración foránea no sólo hubiese sido más permanente y menos “golondrina”, sino que para abastecer a la vez a la producción agraria y a la industrial, hubiese tenido que ser mucho mayor de lo que fue, en vez de terminar por rechazar a casi la mitad de los inmigrantes que llegaron a estas costas. Según la síntesis de Rapoport (2007, p. 54) en base al Departamento de Inmigración, “entre 1857 y 1930 ingresaron al país 6.296.340 inmigrantes y salieron 2.898.689, por lo que [sólo] 3.397.651 inmigrantes decidieron permanecer en la Argentina”.

10 “La inseguridad e irregularidad del trabajo, la frecuente repetición y larga duración de sus interrupciones, síntomas todos de la existencia de una superpoblación relativa, figuran en los informes de los inspectores de beneficencia como otras tan-

Lo que vale para la comparación de Marx entre Irlanda e Inglaterra, vale para una comparación entre, por ejemplo, Argentina y Estados Unidos, donde el acceso a la tierra por parte de los flujos migratorios europeos y la demanda de empleo de una industria creciendo exponencialmente, configuraron —a riesgo de esquematizar excesivamente— un cuadro de ocupación autónoma permanente en el campo (*farmers* en el medio oeste, explotaciones intensivas en el noreste y aparceros en el sur), y ocupación asalariada también permanente en las fábricas y comercios de las ciudades (Wozniak, 2007; Killick, 1969). Esa competencia por la fuerza de trabajo creó mejores condiciones estructurales para la elevación de los salarios —o al menos para la lucha por ello— a la vez que animaba al capital a acelerar la inventiva para doblegar al trabajo (Coriat, 1986).

Por eso, el conjunto del cuadro descrito no quiere decir que en todos los países las condiciones para los trabajadores rurales fueran ni “buenas” en términos absolutos ni iguales entre sí. Sólo significa que por término general eran *mejores* que en las zonas de expulsión, y que ofrecieron a los trabajadores rurales oportunidades estructurales muy distintas que las reseñadas para Europa por Engels, Marx o Kautsky. Básicamente, porque en vez de un proceso de *expulsión* de trabajadores, existía en América una *atracción* muy grande de ellos.

Como parte de lo mismo, abarcando distintos períodos históricos según cada país y hasta regiones dentro de ellos, el cuadro en el que se operó esta puesta en producción capitalista del suelo no fue de descampesinización, sino todo lo contrario. En las llanuras templadas de Argentina, Estados Unidos, Canadá o Australia, esta “acumulación originaria” no avanzó sobre las tierras de un denso campesinado preexistente, sino sobre territorios de economías comunitarias indígenas sin una relación fija ni parcelaria con el suelo. Por un lado, esto explica por qué estos procesos demandaron flujos migratorios colosales para ponerse en producción, en vez de basarse en una mano de obra local que no existía en las cantidades y con los perfiles requeridos. Y por otro, lejos de eliminarla, *dieron origen* a la creación de una nueva masa social asimilable al campesinado, descendiente del campesinado y hasta con pautas -habitus- campesinos, aunque con caracteres

tas quejas del proletariado agrícola irlandés. Se recordará que el proletariado rural inglés nos mostraba también fenómenos semejantes. La diferencia está en que en Inglaterra, país industrial, la reserva fabril se recluta en el campo, mientras que en Irlanda, país agrícola, la reserva rural se recluta en las ciudades, refugio de los campesinos arrojados fuera del terruño. Allí, los brazos sobrantes de la agricultura se convierten en obreros fabriles; aquí, los asalariados urbanos siguen siendo obreros agrícolas y se ven constantemente empujados de nuevo al campo en busca de trabajo”. (Marx, 1999 [1867], p. 602).

objetivos y subjetivos modernos, tan originales como el proceso que les dio nacimiento: *granjeros* (farmers) en las áreas anglosajonas con reparto de tierras —Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda— y *chacareros* en las zonas donde la gran propiedad terrateniente hegemonizó el proceso, como Argentina (Azcuy Ameghino, 2001; Balsa, 2001). Y allí donde sí había un campesinado previo —criollo o indígena—, como todo a lo largo de los valles andinos desde el norte de Chile y Argentina hasta Colombia, y sobre todo en México, el mismo tampoco fue “eliminado” por esta puesta en producción integrada al nuevo mercado mundial, sino que fue *subsumido* por mecanismos mercantiles —en el mejor de los casos— o por formas de trabajo no libre, ligadas justamente a una desposesión que no era completa —y que por lo tanto no los compelía a concurrir al mercado de trabajo como medio de supervivencia—, y a la necesidad de refuncionalizar sus parcelas como reserva de subsistencia autónoma en los períodos en que el capital no demandaba brazos (Scott, 1976; Brass, 1986; Rutledge, 1987; Cueva, 2004). Algo similar ocurrió en zonas que reconvirtieron esclavos en campesinos aparceros, arrendatarios o muy pobres minifundistas, obligándolos a emplearse o rendir productos a los viejos grandes propietarios —sur de Estados Unidos, Brasil, Cuba y Antillas (Cardoso y Brignoli, 1979). El hecho es que, de conjunto, la resubordinación en nuevas condiciones de esas viejas masas campesinas, indígenas y esclavas, *no inauguró el proceso de acumulación de capital en el agro a partir de una descampesinización* en términos absolutos —en el sentido de su expulsión de los espacios rurales y/o su transformación lisa y llana en trabajadores asalariados—, sino a partir de *formas de subsunción* que los mantuvieron como campesinos dependientes en esos espacios; lo cual, sumado a los flujos migratorios masivos en las zonas sin campesinado previo —como la pampa rioplatense o el medio oeste norteamericano—, que dieron lugar a *chacareros* y *farmers*, respectivamente, ofrece un cuadro general de *campesinización de América*, en espejo a la *descampesinización de Europa*.

Por último, durante este ciclo de puesta en producción de nuevas áreas, lejos de “desconcentrarse en el tiempo y en el espacio”, el proletariado rural americano *se concentró* como nunca. Esto tuvo que ver, en primer lugar, con un tipo de unidad productiva ajena al paisaje rural europeo: la plantación. Antes llenas de esclavos y ahora de asalariados conchabados, las plantaciones de caña de azúcar, de café, de frutas, o las actividades extractivas —como la yerba mate en ese momento— y de desmonte —como en el sur de Brasil y el Gran Chaco— demandaban verdaderos ejércitos de trabajadores, que terminaban conviviendo durante meses en las instalaciones o condiciones provistas por sus empleadores en función de sus labores, muchas

veces bajo formas coactivas. Estas formas de *unfree labour*, sumadas a la concentración en tiempo y espacio de masas trabajadoras, reunían condiciones estructurales para conformarse en uno de los polos de la conflictividad obrera en la agricultura. Y, sin embargo, salvo alguna excepción —como el gran conflicto de *La Forestal*, en Argentina (Gori, 1965; Jasinsky, 2013)— no fue siempre así. Por un lado, por la fuerte asimetría de las relaciones de poder, y por otro, por las propias características históricas y culturales de los sujetos subalternos involucrados en este tipo de tramas —trabajadores de reciente pasado esclavo, indígenas semi campesinos habituados a la hacienda colonial o grupos indios nómades recientemente desgajados de sus grupos de pertenencia— que los orientaban más a las “formas silenciosas de resistencia” analizadas por Scott (2004 [1990]) que al moderno conflicto obrero.

Otro era el caso de las concentraciones proletarias en la agricultura extensiva de las zonas templadas, como la pampa argentina. Allí, hasta mediados del siglo XX, se demandaban cientos de miles de braceros para levantar a mano el maíz y trillar el trigo. Sin embargo, no se encontraban bajo formas coactivas tan intensas, y además de la mera concentración física en el tiempo y en el espacio —temporal, por cierto, pero concentración al fin— las *características subjetivas* de los trabajadores eran otras: la participación en las faenas del campo de sindicalistas y dirigentes criollos e inmigrantes modernos —en el sentido cultural de la palabra—, y su contacto orgánico con las ideas emancipadoras del momento, hicieron de la agricultura pampeana uno de los principales focos de la conflictividad obrera en la Argentina hasta comienzos de la década de 1920, sino hasta los años '50 (Ansaldi, 1993; Ascolani, 2012; Sartelli, 2022).

El hecho es que además de las coordenadas estructurales mencionadas, la formación del capitalismo agrario americano muestra —sobre todo— diferencias sustanciales respecto a las características culturales de los *sujetos* que encarnaron la posición de los trabajadores asalariados. Esto le dio otros fines y otros medios a sus acciones colectivas de resistencia, que no siempre fueron parangonables a las de una clase trabajadora con más tiempo de cristalización objetiva en su condición, y de asimilación subjetiva en los valores y categorías económicas del capitalismo.

Entre los sujetos locales que formaron parte de la condición proletaria o semi-proletaria en la agricultura, un grupo central fueron los de origen indígena. En el caso de los que se habían mantenido independientes hasta ese momento, como en la Patagonia, el Gran Chaco o el Amazonas, el secuestro abrupto por parte del mundo capitalista de sus condiciones de existencia, los asesinatos en masa de sus congé-

neres, el robo de mujeres y niños, y su reducción a formas de semi esclavitud en el campo o la ciudad, generaron una experiencia traumática de choque cultural e “inserción” forzada en el mundo moderno, que en el corto plazo los dejó con pocas herramientas de resistencia más que las “silenciosas” y “codificadas” de Scott. Por otro camino, llegaron a un lugar similar los campesinos indígenas de los Andes o México. Asimilados desde mucho antes a formas de subalternidad, combinaban su tiempo de trabajo entre los minifundios propios y los latifundios ajenos, entre sus cultivos de subsistencia y el mercado laboral, y entre las parcelas arrendadas y los “pagos en trabajo” en las plantaciones que los conchababan. Pero era más probable que se levantaran en defensa de su condición campesino-indígena —con rebeliones o movimientos *ad hoc*— que como obreros asalariados en pos de reivindicaciones económicas y con organizaciones sindicales regulares.

Algo similar ocurría con los gauchos criollos del litoral pampeano —argentino, uruguayo o brasileño—, cuya subalternización más tardía también comportó procesos de disciplinamiento en donde, a pesar de ser ya peones asalariados, lo que estaba en juego para ellos era menos el cálculo económico de ingresos, pérdidas o propiedades en sentido estricto —y mucho menos cualquier horizonte de “ascenso social”— que la defensa y el cultivo de la *autonomía personal*. De nuevo: una autonomía no en el sentido económico moderno que Weber detectaba en las masas rurales alemanas de la época, sino todo lo contrario: en el sentido subjetivo de una constelación de valores pre o no capitalista, que condenaba la acumulación económica y privilegiaba el honor y la libertad personal.

Distinto era el caso de los inmigrantes europeos, que escapaban de la crisis social y campesina o de persecuciones políticas. Su horizonte en el nuevo mundo era expansivo, en búsqueda de tierras propias, mejores ingresos o la organización de una nueva revolución del otro lado del mar, nada de lo cual era del todo imposible. Esa actitud ofensiva, las oportunidades estructurales y el acumulado subjetivo de buena parte de esos inmigrantes en las luchas sociales europeas, constituyeron una de las claves de la rápida configuración de conflictos obrero-rurales modernos en zonas como Argentina o Uruguay. En efecto, muchos de los líderes de estos conflictos y de los agrupamientos socialistas, anarquistas o sindicalistas eran inmigrantes europeos. De modo que efectivamente, muchos de los “mejores elementos” que le faltaban a Kautsky para organizar la socialdemocracia en el campo alemán eran los organizadores de conflictos, sindicatos y partidos con formatos europeos en la América rural.

De modo que entre los abusos precapitalistas de los de arriba y las resistencias precapitalistas de los de abajo, el capitalismo agrario latinoamericano fue construyéndose sobre un fondo de conflictividad muy distinta que el del mero enfrentamiento “capital-trabajo”. En todo caso, sobre esa base, allí donde tuvieron relevancia demográfica, los nuevos inmigrantes europeos o criollos ilustrados que abrevaban a la condición obrera a la par que los indios, mestizos y negros locales, aportaron a las luchas populares el nuevo código conceptual —económico—, la nueva mitología —el proletariado, la revolución, los grandes pensadores— y los formatos organizativos —sindicatos, partidos, etc.— que permitían a esas luchas locales combatir —no sin algún desajuste— bajo el *ethos* de la modernidad. En una palabra, en América —sobre todo América Latina— todo se comprimió y entremezcló para pasar por el “ojo de aguja” de la moderna lucha de clases, aunque contenía dentro de sí cargas, códigos, reminiscencias y expectativas que la excedían por mucho.

Esto implica, por lo tanto, que el mundo del trabajo rural de la época no estaba excluido en absoluto de la circulación de ideas políticas, informaciones y horizontes ideológicos más amplios. Lejos del localismo asfixiante y provinciano con el que los pensadores europeos asociaban el mundo agrario de sus países —y quizá así fuese— el *shock* cosmopolita de la puesta en producción de vastas áreas del mundo con trabajadores migrantes y locales, así como la circulación regular de muchos de ellos entre el campo y las ciudades, y entre unos países y otros, amplió el espectro de posibilidades subjetivas y conceptualizaciones sobre su situación en ese nuevo mundo.

El enfoque sobre los sujetos, entonces, con toda esta complejidad de historias, raíces étnicas, valores, expectativas, necesidades, disposiciones, oportunidades y ciclos, sugiere que para explicar la conflictividad o el consenso en el mundo del trabajo agrario no alcanza el limitarse a la cuestión casi física de si los trabajadores están “lejos o cerca”, “juntos o separados”, y sin son “expulsados o atraídos”, como si fueran cosas, a pesar de que todo ello hace también al cuadro de su propia situación, como hemos mencionado¹¹. Para intentar interpretar las posibilidades, condicionantes y probabilidades del conflicto o el consenso en el mundo del trabajo rural, es necesario ensamblar

11 El conflicto obrero-rural más resonante de la historia argentina, la protesta de peones de estancias ovinas en la Patagonia Austral argentina, llamada popularmente “La Patagonia Rebelde”, entre 1921 y 1922, fue motivado y organizado por líderes anarquistas y sindicalistas de origen europeo y criollo. Miles de peones ganaderos aislados por cientos de kilómetros unos de otros, lograron detener la esquila de la lana durante meses, y sólo fueron doblegados con el envío de tropas del ejército que los fusiló en masa alrededor de 1.500 trabajadores (Bayer, 1980).

estructura y agencia, economía y cultura, niveles de análisis micro y macro, así como cortes sincrónicos con perspectivas diacrónicas más amplias.

CONCLUSIONES

Las elaboraciones de la sociología rural clásica sobre el escenario europeo a fines del siglo XIX, y sea desde el punto de vista marxista o weberiano, concluyeron que el campo era un ambiente refractario a los conflictos obreros u organizaciones regulares de trabajadores. Esto se debía a la expulsión secular de población sin posibilidad de reinserción agraria, generando una superpoblación relativa crónica y sobreoferta de fuerza laboral en el mercado; la dispersión de un número cada vez más reducido de trabajadores en el tiempo y en el espacio, tanto a nivel macro como micro —en el propio lugar de trabajo— restando espacios de cooperación alrededor de una misma tarea o persecución de un fin común; y por último, a las características culturales de los sujetos que ocupaban la posición estructural del trabajo asalariado rural —individualismo, ignorancia, resignación, etc.—, combinadas con estrategias de reproducción y ascenso sociales —como el caso de los migrantes— compatibilizadas con el rol y las condiciones de vida que les asignaba el orden laboral.

Sin embargo, al mismo tiempo que se teorizaba aquello en base a la experiencia europea, en América se daban coordenadas estructurales inversas: en vez de limitación de las tierras trabajables, ampliación inédita de las mismas; en vez de “superpoblación relativa” y expulsión definitiva de mano de obra, fuerte atracción de población —y en algunos casos, como vimos, “ejércitos flotantes” de trabajadores en mercados pendulares, pero no expulsión final—; en vez de descampesinización, campesinización funcional y creación de nuevos sujetos con mayor o menor autonomía —como *farmers* o chacareros—; y por último, en vez de dispersión en el tiempo y en el espacio, concentración estacional o regular del proletariado rural americano en grandes plantaciones, nichos extractivos o amplias áreas cultivadas con cereales. Además, las características subjetivas y la historia reciente de esos trabajadores americanos —de diverso origen indígena, ascendencia afro o subcultura criolla— tenían muy poco que ver con las de las masas rurales campesinas parcelarias europeas, y lejos de ser refractarias al conflicto, protagonizaban distintas formas de resistencia individual o luchas colectivas en pos de su autonomía o mejoras económicas, aunque en general no bajo los formatos sindicales y políticos modernos. El hecho es que, a diferencia del contexto europeo, la conflictividad obrero-rural —y la agraria en general— fue una de las principales manifestaciones de la lucha popular en la época.

Semejantes inversiones de las coordenadas que dieron origen a las observaciones de los clásicos europeos sobre el trabajo rural, ¿los refutan o los confirman? En principio, confirman la validez teórica de sus conclusiones, pero relativizan sus supuestos y, por lo tanto, su alcance. Al mismo tiempo, en la comparación entre los casos, dejan planteada la necesidad de combinar enfoques y niveles de análisis, como el de las estructuras y los sujetos. Más exactamente, reconstruir la estructura de posiciones sociales que componen una trama laboral, e identificar en qué momento de qué movimiento se encuentra esa configuración (tendencia); los sujetos que ocupan esas posiciones — su historia, su cultura, sus horizontes—; y la coyuntura político-ideológica del conjunto social en la que se inserta.

Hemos visto cómo las plantaciones americanas concentraban cantidades de trabajadores como nunca se habían visto en Europa, lo cual daría a pensar que allí estaban dadas las “condiciones objetivas” que en general se creía le faltaban al agro para la emergencia de conflictos obreros como los fabriles. Sin embargo, el tipo de sujeto que ocupaba esos lugares —sus arrastres culturales, sus otras pertenencias sociales o las estrategias en el marco de las cuales ingresó en esa situación— o las tramas de poder más amplias en que se insertaban —el trabajo coactivo, el conchabo por deudas, o en la actualidad la negación de ciudadanía— explican que allí no emergieran luchas proletarias como las que podrían haberse esperado de una interpretación meramente estructural. A la inversa, el conflicto de los peones patagónicos de 1921/1922 en Argentina, en una situación de dispersión geográfica e incomunicación que desalentaría cualquier expectativa de acción colectiva, también puede explicarse por las características de los sujetos que encararon la huelga, su historia reciente, y la situación política más general en la que se insertó su protesta. Y lo mismo puede decirse del ciclo de luchas de los braceros agrícolas británicos alrededor de 1870, cuando se creía que ya nada pasaría en la campaña después de las revueltas del Capitán Swing cuarenta años antes. Porque, por último, una misma estructura y un mismo elenco de sujetos sociales en el marco de idénticas relaciones salariales agrarias, también se encuentran integrados a las tensiones políticas, ideológicas y económicas del conjunto social, acicateado por problemas comunes y por los ciclos de disposiciones en un sentido o en otro de las clases populares: la alternancia entre los deseos de luchar o la resignación de conformarse, entre vectores políticos de cambio radical o de conservadurismo tradicionalista. Por eso es más probable que encontremos episodios de conflictividad en el marco de ciclos de lucha social más amplios —como los que hicieron coincidir la protesta de obreros rurales de la Patagonia con los forestales del Gran Chaco—, y que hasta

podamos explicarlos en virtud esos contextos, en vez de limitarnos a hipótesis estáticas, estructurales o al nivel de los lugares de trabajo.

La situación que vivió buena parte de América cuando se pusieron en producción muchas de sus tierras cultivables a fines del siglo XIX, constituyó un cuadro extraordinario. Allí mismo, a partir de la segunda mitad del siglo XX la frontera agraria también encontró un límite, como en la Inglaterra de Marx o la Alemania de Weber. En ese momento se interrumpió la demanda incesante de brazos, las posibilidades de campesinización —como sea que eso tomara forma— y el crecimiento demográfico vía inmigración. Habían llegado el fin de la expansión horizontal y la necesidad de intensificar tecnológicamente la producción, la concentración económica y la expulsión de trabajadores. A partir de este momento —de nuevo, variable según el país o la región— comenzaron a recrearse los supuestos de funcionamiento maduro del sistema capitalista en el campo. Es decir, aquellas tendencias que Engels, Marx o Kautsky habían identificado como obstaculizantes de la organización obrero-rural y de la mejora de sus condiciones laborales. La “superpoblación relativa” en las áreas rurales también cambió de significado: dejó de ser predominantemente pendular y se transformó en un flujo de expulsión neta del campo a la ciudad que alimentó de brazos a San Pablo, México o Buenos Aires; pero también proveyó de brazos otras regiones agrarias de un mismo país o de países limítrofes —como las de América Central y México a los Estados Unidos—, gracias a masas rurales que, como los esclavos de Weber, ocuparon temporal o permanentemente los lugares que otros dejaron vacantes para buscar “mejor vida” en las ciudades. Sin embargo, la conflictividad obrero-rural no cesó de reaparecer episódicamente hasta hoy, sea en los Estados Unidos como en distintas regiones de América Latina.

A fin de cuentas ¿es la ruralidad un ámbito más refractario al conflicto obrero que las ciudades o la industria? En general es más hostil. La tendencia a la expulsión neta de población y a la dispersión de los trabajadores; la construcción de vínculos laborales y mercados de trabajo personalizados, sin conflictos de envergadura ni organizaciones o subculturas asociadas a ello; y la estacionalidad de la producción, que favorece la eventualidad del empleo, el recambio perpetuo de los trabajadores y las múltiples personalidades sociales fuera de su puesto laboral en el campo (trabajadores asalariados urbanos, campesinos o agricultores familiares, pequeños empleadores, trabajadores de oficios independientes o comerciantes en la ciudad, changarines, etc.), todo ello afecta desfavorablemente la organización colectiva y por lo tanto el conflicto y la mejora de sus condiciones de trabajo. Si el sindicalismo urbano no sólo tiene por término medio mejores con-

diciones para organizarse y luchar, también cuenta con acumulados institucionales, económicos y subjetivos construidos históricamente. Es, en definitiva, un sujeto y una subcultura construida a través de un tiempo concatenado con otro, de una generación a otra, en el triunfo o la derrota. Precisamente lo que la fragmentación en el tiempo y en el espacio dificulta en extremo a la diversidad de sujetos y tramas laborales que componen el mundo del trabajo rural: es como si siempre empezara de nuevo alguien diferente, sin memoria. Y aun así, como decíamos, emergen episódicamente conflictos, cuya explicación puede estar cifrada en los tres ejes de análisis propuestos: el de las estructuras, el de los sujetos, y el de los momentos.

BIBLIOGRAFÍA

- Ansaldi, Waldo (1993). *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ascolani, Adrián (2009). *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada, 1928-1952*. Bernal: Universidad de Quilmes Editorial.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (2011). *Una historia casi agraria*. Buenos Aires: Ediciones del PIEA.
- Balsa, Javier (2001). Las formas de producción predominantes en la agricultura pampeana al final de la primera expansión agrícola (1937) ¿Una vía “argentina” de desarrollo del capitalismo en el agro? *Mundo Agrario*, 2(3).
- Bayer, Osvaldo (1980). *La Patagonia rebelde*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Brass, Tom (1986). Unfree labour and capitalist restructuring in the Agrarian sector: Peru and India. *The Journal of Peasant Studies*, 14(1), 50-77.
- Cardoso, Ciro Flamarión Santana y Pérez Brignoli, Héctor (1979). *Historia económica de América Latina*. Barcelona: Crítica.
- Coriat, Benjamin (1992 [1979]). *El taller y el cronómetro*. México: Siglo XXI.
- Cueva, Agustín (2004). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Engels, Frederich (1974 [1845]). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires: Diáspora.
- Flichman, Guillermo (1978) *La renta del suelo y el desarrollo agropecuario argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gori, Gastón (1965). *La Forestal, la tragedia del quebracho colorado*. Buenos Aires: Platina Stilograf.

- Harvey, David (1990). *La condición de la posmodernidad. investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Madrid: Amorrortu.
- Hobsbawm, E. y Rudé, G. (2009 [1969]). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric (1998). *La era del imperio, 1875-1914*. Barcelona: Crítica.
- Jasinsky, Alejandro (2013). *Revuelta obrera y masacre en La Forestal*. Buenos Aires: Biblos.
- Kautsky, Karl (2002 [1994]). *La cuestión agraria*. México: Siglo XXI.
- Killick, John R. (1969) La revolución industrial en los Estados Unidos. En: Adams, W.P. (compilador) *Historia Universal Siglo Veintiuno*, Vol. 30, Cap. 3 “Los Estados Unidos de América”. México: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (1969) Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5(2), 276-316.
- Marx, Karl (1999 [1867]). *El Capital*, Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (1999 [1894]). *El Capital*, Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica.
- Newby, Howard (1977). *The defferential worker*. Allen Lane: Penguin Books.
- Rapoport, Mario (2007). *Historia política, económica y social argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Emecé.
- Rutledge, Ian (1987). *Cambio agrario e integración. El desarrollo del capitalismo en Jujuy, 1550-1960*. Buenos Aires: ECIRA-CICSO.
- Sartelli, Eduardo (2022). *La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano, 1870-1950*. Buenos Aires, Ediciones RyR.
- Scobie, James (1968). *Revolución en las pampas. historia social del trigo argentino, 1860-1910*. Buenos Aires: Solar.
- Scott, James C. (2004 [1990]). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.
- Scott, James C. (1976). *The moral economy of the peasant. Rebellion and subsistence in Southeast Asia*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Scott, James C. (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. New Heaven y Londres: Yale University Press.

- Thompson, Edward Palmer (2012 [1962]) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Thompson, Edward Palmer (2019 [1991]). *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*. Madrid: Capitán Swing.
- Volkind, Pablo (2009) Los trabajadores agrícolas pampeanos: procedencia, tareas y condiciones laborales. 1890-1914. *Documentos de Trabajo del Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios* N° 4.
- Weber, Max (1892). La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del este del Elba. *Reis*, 49(90), 233-255.
- Wolf, Eric (1999). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wozniak, Jorge (2007) La industrialización en Estados Unidos. En: Marcaida, E. (compiladora). *Historia económica mundial contemporánea*. Buenos Aires: Dialektik Editora.